

uno que no se va... (nadie responde) ¡Señor Del Solar...! (Franklin regresa al centro de la pieza) ¿Qué he hecho? ¿Por qué no ha querido quedarse un momento? (Hacia el público) ¡Todos son iguales! En estos tres años he visto pasar diez, veinte, cuarenta personas por acá!... Nadie es capaz de... (Vuelve a mirar su papel. Pausa. Lee) "Y fue así cómo Piti, el sensitivo fenómeno, falleció víctima de sus quimeras"... (Emocionada) ¡Qué poesía, qué poesía!

TELÓN

París, 1965

CONFUSION EN LA PREFECTURA

de Julio Ramón Ribeyro

FARSA EN UN ACTO

La acción transcurre en la Prefectura de un alejado pueblo de provincia. Oficina modesta con un mapa del Perú, un escritorio, una silla, un viejo sillón, un radio antiguo contra la pared. Puerta a la izquierda que da a la calle. Al levantarse el telón el prefecto se encuentra sentado ante su escritorio, bostezando. Lleva un saco de pijama grueso amarrado a la cintura con un cordón. Sus cuatro pelos están bien peinados.

PERSONAJES:

EL PREFECTO.—Juan Sandia, 50 años, calvicie acusada, bigotillo con las puntas ligeramente levantadas, nariz rojiza.

EL GOBERNADOR.—Jaime Toro, mestizo de 35 años, sombrero blanco y poncho corto de vicuña.

EL ALCALDE.—Cuarentón, gordo, traje negro de pana con chaleco y cadena de reloj.

PREFECTO.—(Solo) ¡Ah, qué descansada vida se lleva en estos pueblos! Buen clima, buena leche, buena carne. De vez en cuando una reunión donde el alcalde, otra donde el señor cura, un discurso por aquí, una subversión por allá. Esto sería el mismo cielo sino quedara tan lejos de Lima. ¡Y sobre todo los regalitos! Regalitos de los hacendados y, también hay que decirlo, de algunos indígenas, un carnerito por aquí, una bombita por allá...

GOBERNADOR.—(Entrando a la carrera) ¡Señor prefecto (Se ahoga) ¡Señor prefecto!

PREFECTO.—(Se pone de pie) ¿Qué sucede? ¡Hable usted, señor gobernador!

GOBERNADOR.—¡Han derrocado al gobierno! ¡Acabo de oírlo en la radio del bar Bacará, donde tomaba desayuno!

PREFECTO.—¡Imposible!

GOBERNADOR.—¡Se lo juro! Sucedió anoche ... es decir, esta madrugada.

PREFECTO.—¿Y cómo se han atrevido? (Contornea su escritorio). Si nuestro presidente hace un año que está en el poder. (Recitando) El más anda por la senda del progreso... La economía postrada se rehabilita... La agricultura reverdece (Señala el mapa) en todos los valles de la patria... (Reaccionado) Pero, ¿está usted seguro de lo que dice?

GOBERNADOR.—(Señalando el radio) Encienda usted el aparato. Están dando el noticiario.

PREFECTO.—(Dirigiéndose al radio) Debe ser una falsa alarma, propagada por alguno de esos elementos disolventes interesados en sembrar la confusión... (Enciende el radio y se escucha el final de una marcha militar).

LOCUTOR.—¡Últimas noticias! El señor presidente don Héctor Verdoso dimitió esta madrugada de sus funciones para evitar efusión de sangre. El golpe de estado, fue dado por el general Camilo Chumpitaz al frente de la división blindada.

GOBERNADOR.—Exactamente. Eso es lo que había escuchado.

PREFECTO.—(Cogiéndose la cabeza) ¡Y sólo tengo seis meses de prefecto! (Incrédulo) No, no y no. No lo creo. ¡No lo creo, señor gobernador!

GOBERNADOR.—Pero escuche usted.

LOCUTOR.—A las cuatro de la madrugada, sin que nada lo dejara prever, una columna blindada llegó ante el Palacio de Gobierno y después de una breve escaramuza con la escolta de guardia... (ruidos en el radio, la emisión se interrumpe).

PREFECTO.—¿Qué pasa? Sintonice usted bien. (Siguen los ruidos).

GOBERNADOR.—(Mueve los botones) No se escucha nada... Se debe haber perdido la onda. (Los ruidos cesan).

PREFECTO.—(Preocupado) ¡La onda, la onda!... Nuestro ilustre mandatario, don Héctor Verdoso, un verdadero patricio, derrocado... y ¿por quién además? Por un, por un...

GOBERNADOR.—Ya lo oyó usted: por el general Camilo Chumpitaz.

PREFECTO.—¿Chumpitaz? ¡Hay tantos generales, Santo Dios! ¿Qué Chumpitaz será éste? ¿El antiguo ministro de gobierno?

GOBERNADOR.—El mismo.

PREFECTO.—¡Ejem! Lo conozco... es decir, lo vi una vez en palacio. Debo reconocer que es un militar de... de prestigio, con una limpia foja de servicios en los anales patrios... ¡Ejem! Pero, dadas circunstancias, es inadmisibile que se haya atrevido.

GOBERNADOR.—Por lo que pude oír en el Bacará, que "el país estaba en el caos".

PREFECTO.—Vaya, eso es una exageración... Claro, que si uno mira las cosas con cierta objetividad, todo no marchaba muy bien, hay que reconocerlo. Había un déficit por aquí, una pequeña inflación por allá... El presidente Héctor Verdoso hacía lo que podía, pero...

GOBERNADOR.—(Anticipándose) ¡Pero carecía de carácter...! ¿No es eso señor prefecto? En confianza le diré que yo no tenía mucha fe en su buen gobierno.

PREFECTO.—(Convencido) ¡Usted lo ha dicho! Eso es también lo que yo sentía a veces: falta de confianza, no sé algo como una corazonada que me decía: "no te fíes mucho de ese Verdoso".

GOBERNADOR.—En cambio, lo que el país necesita, pensaba yo, es un hombre de carácter...

PREFECTO.—(Completando). Diga más bien, de orden y rectitud. Un militar, para decirlo sin rodeos. Un hombre de temple, de disciplina... como el ilustre general Chumpitaz, para poner un ejemplo...

GOBERNADOR.—Completamente de acuerdo.

PREFECTO.—Sí, querido señor gobernador. Eso tenía que suceder. Cuando el país cae en el caos, es necesario que alguien intervenga para poner orden, para restablecer las libertades amenazadas, para garantizar el ejercicio de los derechos... Creo que no debemos perder tiempo. En el acto hay que manifestar nuestra adhesión al nuevo gobierno. Fijese, corra usted a la oficina de correos y ponga rápido un telegrama...

GOBERNADOR.—¿En qué términos?

PREFECTO.—Espere usted. (Se coge la cabeza) ¡Qué lío, Dios mío, y tan temprano! Aún no he tenido tiempo de quitarme (señala su pijama) el "robe de chambre". (Al gobernador) Diga usted: "Felicitaciones brillante paladín democracia Stop Valiente actitud derrocar Gobierno incapaz Stop... Bueno, etcétera algo dentro del estilo. Firmado Juan Sandía, Prefecto de Huanta y Jaime Toro, Gobernador..." ¡Pero, vaya usted, apúrese! (El gobernador se pone su sombrero y sale corriendo) Uf, qué problema! Hacerme esto a mí que estoy sólo seis meses aquí. No se lo perdonaré nunca a ese vil Verdoso. Y cuando subió a la presidencia me dijo: "Querido Sandía, tiene usted para cinco años de prefecto, en el pueblo que usted elija". ¡Qué falta de garantías!

ALCALDE.—(Entra resollando) ¿Es cierto, señor, que nuestro ilustre presidente Héctor Verdoso ha sido expulsado del palacio?

PREFECTO.—(Colérico) ¿Qué es eso de ilustre señor

Verdoso? ¡Verdoso a secas, señor alcalde!... Si es cierto. Un valeroso militar, harto de las tropellías de este civil incapaz, resolvió anoche dar un ejemplo de civismo a la nación y la arrebató el mandato que injustamente desempeñaba.

ALCALDE.—¿Y quién es ese militar?

PREFECTO.—¡Tenga usted un poco de respeto! Diga "ese representante de las fuerzas armadas". Es el general Camilo Chumpitaz.

ALCALDE.—(Dubitativo) ¿Chumpitaz?

PREFECTO.—¡Qué! ¿No lo conoce? ¿Es posible que no conozca al general Chumpitaz? Un hombre brillante, uno de esos paladines que han heredado y que encarnan la tradición...

LOCUTOR.—(Precipitadamente) Radio Nacional reanuda su emisión interrumpida por causas ajenas a nuestra voluntad. Les pedimos disculpas por el incidente, pero nuevamente en el aire al servicio de la ciudadanía.

PREFECTO.—Oiga usted. Entérese de lo que pasa.

LOCUTOR.)Nos vemos obligados a rectificar nuestra información dada hace unos minutos. El servicio de información del palacio nos comunica que el presidente Héctor Verdoso no ha dimitido, sino que después de un animado debate con el general Camilo Chumpitaz convenció a este último a desistir de su tentativa de tomar el poder.

PREFECTO.—¿Eh?

LOCUTOR.—En consecuencia, el mandatario legítimamente elegido continúa desempeñando la máxima magistratura.

PREFECTO.—(Fuera de sí) ¡Dios! ¡Corra, corra, vuele señor alcalde! ¡Apúrese!

ALCALDE.—¡Pero no entiendo nada! ¿Y el ilustre general Camilo Chumpitaz?

PREFECTO.—¡No lo conozco! ¡No lo conoce nadie! ¡Aquí no hay ningún general ilustre! ¡Corra detrás del gobernador que debe estar llegando al correo y dígame que no ponga el telegrama!

ALCALDE.—(Sin entender) ¿Telegrama?

PREFECTO.—(Empujándolo hacia la puerta) ¡Vamos, de una vez! (Sale el alcalde) ¡Uf, qué historial! (El prefecto se abanica con su pañuelo). Si no lo agarra antes que despache la adhesión... Eso te pasa por... Pero en fin, hacerme esto a mí, Juan Sandia, con veinte años al servicio de la nación en las prefecturas de Cuzco, Puno, Arequipa, Nazca, Ayabaca, Huánuco, Andamarca, Quillabamba, Sántipo, Iquitos y para de contar. ¡Sin haber cumplido seis meses en Huantay! Y cuando no he tenido tiempo sino de conseguir una chacrita, una casita...

LOCUTOR.—Ahora transmitiremos una marcha, mientras esperamos la llegada del mensaje que el presidente Héctor Verdoso ha anunciado para tranquilizar a la ciudadanía.

PREFECTO.—(Apaga el radio) ¡Nada de marchas! (Reflexiona) Será sin duda un mensaje deslumbrante. ¡Qué talento oratorio tiene este señor! Un verdadero letrado (Se coge la frente) ¡Qué dolor de cabeza Dios, y a las ocho de la mañana!

GOBERNADOR.—(Aparece a la carrera) ¡Todo arreglado! (Resuella).

PREFECTO.—¡Pero hable!

GOBERNADOR.—Figúrese usted, ¡con las justas! Le estaba entregando ya el telegrama a la empleada, cuando llegó el alcalde. ¡Se lo tuve que arrancar de las manos! ¡Uf, qué carreras. En fin, todo se arregló... ¿quiere decir entonces que no ha pasado nada?

PREFECTO.—¿Cómo que nada? ¿Le parece poco que ese felón militar, cómo se llama, ese Chumpitaz, haya intentado darle un golpe artero a nuestro ilustre presidente don Héctor Verdoso? Ah, no, no, no. ¡Yo reclamo contra él una grave sanción! Eso no puede quedar sin castigo. ¡Un fusilamiento! Ya es tiempo de acabar de una vez con estas venales tentativas contra el orden establecido y la Constitución. Vea, le voy a dictar otro telegrama.

GOBERNADOR.—(Saca una libreta) ¡A sus órdenes!

PREFECTO.—(Mirando el cielo raso, solemne). “Su excelencia, don Héctor Verdoso...” No, ponga así: “Excelentísimo señor don Héctor Verdoso, Presidente de la República del Perú stop (Pausa) Autoridades Huanta y encabezadas Prefecto Sandia aplauden gran lección civismo dada viles usurpadores poder legítimo stop felicitan mandatario valiente actitud stop, adhesión incondicional término feliz mandato stop”. ¡Espere! Añada usted: “Exigimos castigo felón militar”. ¡Listo!

GOBERNADOR.—(Terminando de escribir). Listo. En el acto voy a despacharlo. (Sale)

PREFECTO.—¡Increíble! ¡Qué mañana! Y todavía hay miserables que dicen que los prefectos se pasan la gran vida. Como si a pesar de la lejanía no vivié-

ramos nosotros intensamente las pulsaciones más íntimas de la patria, que nos llegan por los aires a través de las ondas. (Mira el radio) ¡Ah, el comienzo. (Se acerca al radio) De rodillas, se lo escucharé, don Héctor Verdoso, de rodillas, como la misa... (Enciende el radio).

LOCUTOR.—¡Radio Nacional informa! Dentro de unos instantes les transmitiremos en directo desde el palacio de gobierno el mensaje a la nación del presidente Héctor Verdoso...

PREFECTO.—(Emocionado). De rodillas... (Pone una rodilla en tierra).

LOCUTOR.—¡Don Héctor Verdoso se acerca en estos momentos al micro para leer su mensaje a la nación!... (Voz con trémolos del presidente). “Ciudadanos: en mi calidad de presidente electo de la república del Perú, debo dirigirme a ustedes en estos álgidos momentos para informarles de los graves acontecimientos que se desarrollaron esta mañana en palacio...”

PREFECTO.—(Exhortándolo) ¡Adelante, patricio!

VOZ PRESIDENCIAL.—“Un subalterno mío, el general Camilo Chumpitaz...”

PREFECTO.—¡Un felón, un desgraciado!

VOZ PRESIDENCIAL.—“...que hasta ahora me había dado muestras de la mayor fidelidad, ingresó esta mañana a palacio al frente de la división blindada, para exigirme que deponga el poder en sus manos, y yo, depositario del mandato popular...”

PREFECTO.—Del mío, del de todo el pueblo...

VOZ PRESIDENCIAL.—"... me negué energí-
camente a satisfacer su pedido, pero ante la insistencia
del citado general..."

PREFECTO.—¡Ay!

VOZ PRESIDENCIAL.—"me vi obligado..."

PREFECTO.—¡Dios mío!

VOZ PRESIDENCIAL.—"... a acceder a su deman-
da y a dimitir de la presidencia de la república..."

PREFECTO.—(*Se pone de pie*) ¡Cobarde!

VOZ PRESIDENCIAL.—"... En consecuencia, re-
comiendo serenidad a la ciudadanía..."

PREFECTO.—¡Qué ciudadanía, qué serenidad!

VOZ PRESIDENCIAL.—"... y les pido que res-
peten la voluntad..."

PREFECTO.—(*Apaga el radio*) ¡Que te cuelguen im-
bécil!

ALCALDE.—(*Entra, sonriente, satisfecho*) Bueno, lo
cogí antes que pusiera el telegrama... (*Se sienta en
el sillón*). De modo que hemos tenido suerte y que
ese generalote se encontró con la horma de su za-
pato...

PREFECTO.—(*Irritado*) ¿Qué generalote?

ALCALDE.—Ese... ¿cómo era? Ese Chumpitaz, el
que quiso deponer a nuestro ilustre presidente Ver-
doso...

PREFECTO.—¿Ilustre señor Verdoso? Pero, ¿se da
cuenta de lo que está diciendo?

ALCALDE.—(*Desconcertado*) Creo haber entendido
que nuestro mandatario...

PREFECTO.—(*Gritando*) ¡Era un incapaz, un co-
barde, un canalla, un caballo vestido de frac...!

ALCALDE.—Pero, entonces, ¿y ese militar que pre-
tendía...?

PREFECTO.—¡No pretendía nada! Estaba en su de-
recho... (*Avanzando hacia el alcalde*) Señor al-
calde, ¿cómo se atreve usted? (*Furioso*) ¡Lo voy a
ahorcar, lo voy a descuartizar! ¿Cómo se atreve a
expresarse así de nuestro presidente el heroico, el pa-
tricio general Camilo Chumpitaz ¡Corra usted!

ALCALDE.—(*Se pone de pie*) ¿Adónde? ¡No entiendo
nada!

PREFECTO.—¡El correo!... ¡Agarre al gobernador,
métele un tiro, pero que no ponga el telegrama!

ALCALDE.—¿Otra vez? Pero si enantes...

PREFECTO.—¡No pregunte nada! Corra usted, vue-
le... (*El alcalde sale corriendo*) ¡Uf, qué gente és-
ta, pierde la cabeza, se ofusca, se enreda... y en-
cima dice "el general Chumpitaz", este patán, en lu-
gar de "nuestro magnánimo, alejandrino, nuestro...
ah, no sé ya como llamarlo... (*Mirando la radio*)
Seguramente hablará por radio. (*Se acerca y encien-
de el botón*). Escucharé su voz, pero no de rodillas,
sino cuadrado marcialmente, como un obediente sol-
dado (*Se cuadra*).

LOCUTOR.—¡Últimas noticias! Comunicado oficial:
Tenemos que informar a la nación que la dimisión
del señor presidente no ha aceptada por el grue-
so de las fuerzas armadas y que el general Chumpi-
taz fue detenido cuando se ceñía la banda presiden-
cial y enviado al Frontón, donde esperará ser juzgado
por una corte marcial.

PREFECTO.—(*Cogiéndose la cabeza*) ¡No! ¡No pue-

de ser! ¡Me estoy volviendo loco! (*Corre hacia la
la puerta*) ¡Señor alcalde! ¡Señor gobernador! (*Re-
gresa al centro de la oficina*) ¡Ay! ¡El telegrama!
¡Qué no lo pongan!... ¡Sí, que lo pongan! (*Trata
de pararse de cabeza*) ¡Que viva nuestro general!
¡Oh, perdón, que viva don Héctor Verdoso! (*Da
cabriolas*) ¡Qué se vayan todos al diablo! (*Se tira so-
bre el sillón*) ¡Qué me dejen dormir! (*Se sienta en el
sillón, mirando al público*). Un general por aquí, un
civil por allá... (*Se queja*) ¡Ay, ay, aaay!

TELON

París, 1965.